

Huye.
 MAC. Ven.
 ELV. ¡Imposible!
 MAC. ¿Siempre sorda
 A mi ruego serás?
 ELV. Acaso un día...
 MAC. ¡Un día!
 ELV. ¿Qué pronuncio?... Anda, y la aurora
 Lejos de Andújar al lucir te encuentre;
 Mi remedio á los cielos abandona.
 Yo encontraré un asilo impenetrable,

En donde á salvo del traidor me ponga.
 Comprometer tu fuga yo podría
 Retardándola acaso. En tal congoja
 Sólo esta daga tengo, que escondida
 (Saca una daga.)

Entre los pliegues traje de mis ropas.
 Sírvate ella, aunque débil, de defensa.
 A las puertas de Andújar, cautelosa,
 Te seguiré á tu lado, hasta que libre
 Te mire allí desaparecer yo propia.
 Sólo una cosa exijo: has de jurarla.



Si á pesar de la noche protectora,
 Que con sus densas sombras nos ampara,
 Antes de que salvemos la espaciosa
 Muralla y honda cava, sorprendidos
 Por Hernán Pérez somos, oye: ahoga
 La piedad en tu pecho: que tu mano
 En este corazón la daga esconda.
 Y así el remordimiento y la vergüenza
 Borre, que entre los hombres le destrozan.
 No sea suya jamás; mi amor se salve,
 Ya que imposible fué salvar mi honra.
 Y si tú no te atreves, en mis manos
 Pon la daga: la muerte no me asombra.
 Recuerda que á sus brazos de los tuyos
 Pasara, y que esta noche á las odiosas
 Caricias de un rival...

MAC. Sí, lo prometo.
 ELV. Jura sobre esta cruz. (La que trae colgada del cuello.)

MAC. ¡Mujer heroica!
 ¡Yo lo juro ante Dios! ¡Oh qué suprema
 (Toma la daga.)
 Felicidad! ¡Por mí la muerte arrostra!
 ELV. Primero que ser suya, entrambos juntos
 Muramos.
 MAC. Sí, muramos.
 ELV. Peligrosa
 Fuera ya la tardanza. Ven: partamos.—
 ¿Mas qué rumor?... ¡Los cielos me aban-
 (Escuchan.) (donan!
 ¡Ellos son! A esta puerta se aproximan.
 MAC. ¿Son ellos? No entrarán. (Corre el cerrojo.)
 ELV. ¡Ah! por esotra.
 Corramos.
 UNO (dentro.) ¿Han cerrado? (Golpea.)
 FERN. (idem.) ¡Me han vendido!
 ELV. ¡El es! Corre.

MAC. Ya es tarde; ya se agolpan
Esta entrada á tomar.

ELV. ¡Suenan sus armas
Al pie de la escalera silenciosa!

MAC. ¡Aun no suben!

ELV. ¿Mas no oyes? ¡Infelices!
¿Qué será de nosotros? ¡Ya ni sombra
De esperanza nos queda!

MAC. ¡Suerte impía!
Jamás has desmentido tu espantosa
Tenacidad conmigo.

ELV. Oye, siquiera
(Corre á echar la llave á la puerta secreta.)
Ganemos algún tiempo: acaso pronta
Ya Beatriz llegará.

MAC. ¿Tiembblas?

ELV. ¿Y cómo
No temblar, si tu vida...?

MAC. ¿Y qué me importa?
¿No me amas?

ELV. ¿Y lo dudas?

MAC. Pues muramos;
Repítemelo siempre, y haz que lo oiga
Muriendo.

ELV. ¿Y aquí me hallan?

MAC. ¿Qué, á ese mundo,
Que murmura de aquellos que no logra
Ni comprender siquiera, qué debemos?
¿No es él quien nos perdió con engaño.
(sas
Preocupaciones? Llega. Las lazadas
Que al mundo nos unían ya están rotas.
Ya vamos á morir; un moribundo
Soy sólo para tí; ven, llega, y orna
De flores mi agonía; dí que me amas...

ELV. Calla: la muerte ya tiende sus sombras
Sobre nosotros. ¿No oyes?... ¿Y á este
(punto
Ha de venir la muerte rigurosa?
¡Con tanto amor morir!

MAC. ¡Ah! Tú cobarde
Me volverás aún: ¡morir no há un hora
Desdeñado anhelaba, y tiemblo amado!
(Desasiéndose.)
Deja: corro á su encuentro; más gloriosa
Sea mi muerte.

ELV. (Siguiéndole.) ¿Do corres contra tantos?

MAC. A merecerte.

ELV. ¡Ay, triste! ¿Qué haces? Torna:
Cumple antes lo jurado... ¡No me escucha!
(Sale Macías.)

MAC. ¡Fernán Pérez! ¿Do estás?

ELV. ¡Ya el mal se colma!
(Corre á una ventana del foro, que abre, y se asoma.)

¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Socorro!

(Escucha: se oye ruido de espadas á la derecha.)

¡Don Enrique!

(Se aparta de la ventana y vuelve á la derecha.)

¡Nadie oye! ¡Nadie viene! ¡Ah! la horrorosa

(Cae en un asiento.)

Lid se percibe ya.

MAC. (De dentro.) ¡Traidores!

FERN. (Idem.) ¡Muere!

MAC. (Idem.) ¡Me habéis muerto!

ELV. (Arrojándose del asiento.) ¡Macías!—Ya
(le inmolan

Los pérfidos! ¡Tened!

(Va á salir al encuentro de Macías, pero éste al mismo tiempo vuelve á entrar retrocediendo, la mano izquierda en la herida, y la daga en la derecha: le persiguen de cerca Fernán, Alvar y tres hombres: al mismo tiempo uno de ellos corre á abrir la otra puerta y entran otros tres, dos de ellos con teas. Elvira al ver llegar á Macías le sostiene, y él cae sobre el asiento.)

MAC. (Al entrar.) ¡Ah! ¡ni aun vengado
Muero!

ELV. ¡Mi bien!

MAC. ¡Elvira!

ESCENA IV

ELVIRA, MACÍAS, FERNÁN PÉREZ, ÁLVAR, SEIS
ARMADOS

FERN. (Se detiene asombrado.) ¡Aquí mi esposa!

ELV. ¡Socorredle si es tiempo!

MAC. Ya es en vano:

Mortal la herida siento.

FERN. ¡Esto soporta

Mi furor! Separadlos.

(Quiere adelantarse y tras él los suyos, pero Elvira se opone á ellos.)

ELV. Asesinos,

No lleguéis. Monstruo, á contemplar tu
(obra

Ven tú. Sí; el triunfo es tuyo, pero inútil
Si no acabas también con quien le adora.

No; nunca seré tuya; te aborrezco.

¡Maldición sobre tí!

FERN. ¿Qué oigo, traidora?

Infiel, tiembla...

ELV. (Con ironía amarga.) El punto ya es lle-
(gado.

(A Macías.)

¡Salva, mi único bien, salva á tu esposa!

Lo juraste.

(Arrebatándole la daga, que él alarga débilmente.)

FERN. ¿Qué intenta?

ELV. Ya no tiemblo.

(Enseñando la daga á Fernán Pérez.)

La tumba será el ara donde pronta

La muerte nos despose.

(Se hiera y cae al lado de Macías.)

FERN.

¡Alvar!

(Al conocer su intención hace seña á Alvar, que está más cerca de Elvira, que la detenga.)

ELV. (*Cayendo.*)

Dichosa

Muero contigo.

FERN.

¡Ya no es tiempo!

MAC. (*Haciendo un último esfuerzo.*) Es mía
Para siempre... sí... arráncamela ahora,
Tirano.

FERN. ¡Qué furor!

MAC. Muero contento. (*Expira.*)

ELV. Llegad... ahora... llegad... y que estas bodas
Alumbren... vuestras... teas... funerales.

(Expira. Se oye ruido de muchas personas que llegan cerca.)

FERN. ¡Qué rumor!

BEAT. (*Dentro.*) ¡Ah! Corred.

FERN. (*Agitado.*) ¿Quién?... ¡Qué zozobra!

BEAT. (*Dentro.*) Acaso es tiempo aún.

ESCENA V

ELVIRA, MACÍAS, FERNÁN PÉREZ, ÁLVAR, SUS SEIS
ARMADOS, BEATRIZ, DON ENRIQUE, NUÑO
HERNÁNDEZ, RUI PERO, FORTÚN, PAJES; DOS
HOMBRES CON TEAS

(Entran por la izquierda con las espadas desnudas; al otro lado se reúnen los demás.)

BEAT. ¡Ah! no. ¡Ya es tarde!

(Ve al entrar á Elvira, corre á ella y la coge una mano.)

NUÑO. ¡Mi hija! (*Hace lo mismo.*)

BEAT. ¡Elvira!

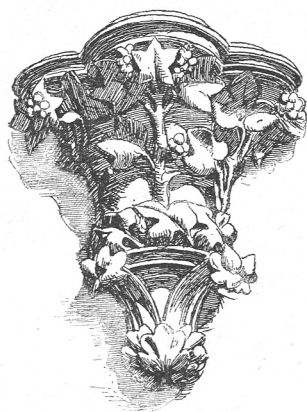
ENR. (*Asombrado.*) ¡Hernán Pérez!—¡Vues-
(tra esposa!

¡Macías!—¿Qué habéis hecho?

FERN. Me vendían.

Ya se lavó en su sangre mi deshonra.

(Cae el telón sobre este cuadro final.)





FELIPE

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

Doña Isabel
MATILDE, su sobrina
Don FERNANDO, vizconde
de Blanca Flor

FELIPE
FEDERICO
LORENZO
Criados

La escena es en Madrid en casa de doña Isabel.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una hermosa habitación con una puerta en el fondo y otras dos laterales; la de la derecha del actor es la del cuarto de Matilde; la de la izquierda la del de Federico. A este lado un velador; al otro una mesa grande con tintero, etc.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ISABEL y MATILDE, sentadas

(La primera borda, la segunda deja un libro en que ha estado leyendo.)

MAT. Pero, querida tía, ¿es algún delito acaso interesarse en la suerte de Federico? Es tan bueno, tan amable, tan desgraciado...

Un joven huérfano, aislado, que nunca ha conocido á sus padres... ¿Usted misma no le recogió en su casa desde su más tierna infancia? ¿No le ha dado usted una educación nada común?...

ISAB. Eres muy niña todavía, Matilde. Es verdad que no es un delito querer á Federico; que lo merece, ¡ah! sin duda; pero una joven de tus años debe ocultar sus sentimientos, y...

MAT. Señora...

ISAB. Sí, hace días que tenía ganas de hablarte de esto; noches pasadas fuimos á la ópe-

ra; yo le había ofrecido mi palco á Federico, le había hecho este honor; pero estaba allí con nosotros el vizconde de Blanca Flor, mi sobrino. El vizconde, aunque tiene algunos defectos propios de la juventud, reúne las más brillantes cualidades; y esto te lo digo, Matilde, porque quisiera que lo tuvieras presente... Tengo entre manos un proyecto de que te hablaré después. Pero, volviendo á la ópera, tú no hiciste en toda la noche más que reír á carcajadas, y chichisbear con Federico. El podría decirte cosas muy divertidas; pero, hija mía, en la ópera no parece de buen tono reírse de esa manera. Después al salir aceptaste el brazo de Federico, sin guardar respetos al vizconde, que te ofrecía el suyo.

MAT. Yo creí que podía... Es tan amable...

ISAB. ¡Ah, no, no! es preciso que te acuerdes de quién eres, que consultes siempre la etiqueta.

MAT. ¡Ah, yo no hubiera consultado más que á mi corazón!... Federico le está á usted tan agradecido... la quiere á usted tanto...

ISAB. Lo creo, Matilde; y tendría un sentimiento si no lo creyese; pues, á pesar de eso, dejando aparte mi clase, no veo en él aquellas consideraciones y respetos que yo pudiera exigir de un joven que debe á mí todo cuanto es... Sin ir más lejos, ahí tienes, él vive en mi misma casa como un hijo, nunca le he negado la entrada en mis *suarés*; él pudiera venir todas las noches á formarse, á aprender los modales de la buena sociedad, las maneras del buen tono; pero, tú misma lo ves, apenas parece alguna noche.

MAT. Pero, tía, sea usted imparcial también. Esa sociedad será muy hermosa... pero no es divertida.

ISAB. ¡Cómo, Matilde!

MAT. Quiero decir, para un joven como él... no oír hablar de otra cosa más que de la antigüedad de nuestro apellido, de los veros y cuarteles que entran en nuestro escudo, de las proezas de los Hurtados de Mendoza... yo misma, y eso que soy de la familia, le aseguro á usted que muchas veces...

ISAB. Matilde...

MAT. ¡Con que con cuánta más razón se fastidiará ese pobre Federico, joven, vivo, atolondrado! ello es verdad, yo lo confieso,

tiene los cascos ligeros; ¡pero tiene tan buen corazón! ¡Ah! Créame usted, nos hemos criado juntos, y lo conozco perfectamente. No se puede usted figurar hasta dónde llega el agradecimiento, el cariño que le profesa á usted.

ISAB. ¿Lo crees así, Matilde?

MAT. Ciertamente, y sino lo que hizo el día que se desbocaron los caballos de usted. Mi primo el vizconde de Blanca Flor se estaba en la acera á una distancia respetable, dando voces y pidiendo socorro; pero Federico se arrojó á detener los caballos con riesgo de ser atropellado, y los detuvo. ¿Quién sabe si le salvó á usted la vida? Pues para que usted no se asustara viendo su vestido roto y sus manos llenas de sangre, se escabulló entre la gente y me vino á encargar que no dijera una palabra.

ISAB. Y tú lo has callado: has hecho muy mal, y yo no sabía nada. ¡Pobre Federico!

MAT. Yo creo, aquí para entre las dos, que el rango de usted le intimida. ¡Cuántas veces me dice!... porque conmigo tiene sus conversaciones muy tiradas.

ISAB. ¡Hola!

MAT. Sí; no le debo parecer tan imponente como usted... Pues cuántas veces me dice: «¡Ah! que no tuviera yo una ocasión para probarle á mi bienhechora mi agradecimiento! ¡Con qué placer daría mi vida por ella!... Si al menos estuviese casada, yo podría ser útil en algo á su esposo... si fuese militar yo le seguiría á la guerra, mi cuerpo le serviría de escudo...»

ISAB. ¿Eso dice?

MAT. Sí, señora; y por cierto que esto me ha hecho pensar muchas veces en una cosa... ¿Por qué no se ha querido usted casar nunca, querida tía?

ISAB. (*Sorprendida.*) ¿Por qué? Porque... esa es una pregunta pueril, y...

MAT. Pues á mí me parece que siendo de tan buena familia y con dinero, no hubieran faltado muchos que...

ISAB. Sí... de buena familia... por lo mismo es preciso casarse con un igual, y éstos son pocos. Tú piensas como mi hermana: reconozco en tí las ideas de tu madre, que, en lugar de seguir mi ejemplo, escogió en una clase muy inferior un marido que tenía dinero, pero nada más.

MAT. Verdad es; dicen que mi padre no era no-

ble, y que era millonario; pero para eso quería mucho á mi madre, y la hizo tan feliz que...

ISAB. ¡Ah, no! esa no es una disculpa; la felicidad á que puede conducirnos una falta no basta para justificarla.

MAT. Pues á no ser por esa falta no tendría usted ahora á su lado á una sobrina que la acompaña, y la quiere, y...

ISAB. Yo te lo agradezco, Matilde; pero... Alguien viene; será Federico, á quien he enviado á llamar, y que ya tarda demasiado. No, es Felipe.

ESCENA II

Dichas; FELIPE, con unos papeles en la mano.

ISAB. ¿Qué es eso, Felipe?

FEL. El correo y las cuentas del mes, porque hoy es el 1.º

ISAB. Bien, bien. ¿Para qué las he de ver?

MAT. Bien se puede fiar en Felipe: no es un mayordomo adocenado.

ISAB. ¡Oh! Felipe es todo un hombre de bien. Yo, gracias á su celo, tengo fama de ser dos veces más rica de lo que en realidad soy; gasto muchísimo; no sé lo que son deudas; y siempre tengo dinero á mi disposición...

FEL. Señora, no hago más de lo que debo: mire usted...

ISAB. Es inútil, Felipe.

FEL. La señora nunca quiere ver lo que firma; pues eso es muy mal hecho; vamos, léalo usted, léalo usted; es preciso. (*Isabel pasa junto á la mesa para examinar los papeles.*)

MAT. Es particular, en toda la casa nadie se atreve á hablar á mi tía con ese tono, y sin embargo no se enfada. Estos criados antiguos tienen derecho para todo.

FEL. (*Acercándose á Matilde.*) Hago mal... lo conozco, señorita, pero un antiguo militar no puede hablar como un cortesano.

ISAB. ¿Qué es esto? (*Leyendo.*) «Limosnas que ha dado la señora, tres mil reales.» Esto sube muchísimo más que otros meses.

FEL. Señora, es usted tan caritativa... y los tiempos están tan malos, que todos acuden aquí, artesanos indigentes y sin trabajo, soldados pobres que han derramado su sangre en los campos de batalla; en fin, compañeros antiguos de armas, benéficos también cuando podían, como yo.

ISAB. ¡Ah, sí, sí! á Felipe debemos en cierta

época el habernos salvado de algunos peligros.

MAT. Entonces, ¿qué extraño es que le esté usted agradecida?

ISAB. Acabemos... «Asistencias de Federico, mil reales.» Esto es demasiado para un mes.

FEL. ¿Demasiado, señora, para usted que le ha criado, que le protege?... Es preciso hacer las cosas completas... que se instruya, que aprenda, que tenga maestros... ya sabe usted que el que no posee bienes de fortuna necesita tener algún mérito.

ISAB. Eso es precisamente de lo que él debería estar convencido... Yo te he puesto á su lado, Felipe, para que le sirvas de ayo, de amigo. Y no estoy nada contenta con él, ni contigo tampoco: tú le echas á perder, le mimas; no tienes carácter: yo sé que muchas noches se recoge á deshoras...

FEL. Señora...

ISAB. Ayer noche no le ví.

FEL. (¡Dios mío!)

ISAB. Esta mañana le envié á decir que bajase, y aun no ha parecido.

FEL. Salió muy de mañana: tiene un repaso de leyes, creo; en fin, trabaja tanto, que á veces se pasa la noche...

MAT. ¿Lo ve usted, tía? Al fin enfermará.

ISAB. Ah, no, no; de ningún modo: tampoco quiero que trabaje tanto: yo se lo prohibiré.

FEL. ¡No, no es menester!

ISAB. (*Cogiendo una bolsa.*) Toma, ahí tiene su trimestre; dáselo de mi parte, y encárgale sobre todo la economía y la buena conducta.

FEL. Bien, señora: pero ya podía usted tener un poco más de indulgencia: tiene sus faltas, pero si es un muchacho: es atolondrado, pero es pundonoroso; y en fin, si yo estuviera en su lugar puede que fuera peor que él.

VIZ. (*Dentro.*) ¿Todavía no han almorzado? Perfectamente.

ISAB. Esta es la voz de mi sobrino.

ESCENA III

Dichos; el VIZCONDE, en un elegante negligé.

UN LACAYO. (*Anunciando.*) El señor vizconde de Blanca Flor. (*Felipe arregla los papeles junto á la mesa.*)

VIZ. Querida tía, siempre á los pies de usted: adiós, prima; hoy estoy muy madrugador: yo mismo estoy absorto de verme en pie

casi á la misma hora que todo el mundo.

ISAB. ¡Pues cómo ha sido eso!

VIZ. ¡Oh! Lo he tomado desde más atrás: no me he acostado esta noche.

FEL. ¡No se le puede pedir más arreglo!

MAT. Excelente conducta, vizconde.

VIZ. Verdad es que podía ser mejor; pero, hija, hay tantos bailes este invierno, las noches son tan cortas, la vida se pasa en un momento.

ISAB. ¡Almuerzas con nosotras! Matilde, anda, dispón que no tarden.

MAT. Voy, tía. Primo, con tu permiso: adiós, Felipe.

ESCENA IV

FELIPE; ISABEL, sentada, firmando los papeles que le va presentando Felipe; el VIZCONDE.

VIZ. He venido en primer lugar á almorzar con usted, y en segundo, querida tía, á darla las gracias. ¿Ha visto usted ya al del caballo?

ISAB. Demasiado á menudo le veo.

VIZ. ¿Cómo ha de ser, tía mía? esos malditos caballos ingleses no tienen precio. Yo, la verdad, los caballos y la ópera... si el diablo me ha de llevar será por ese lado.

FEL. El señor vizconde cambia tan frecuentemente...

VIZ. Cierto, es lo que yo digo: yo gasto lo mío y lo de mi tía, y lo de... pero ¡qué diantre! es preciso brillar en el mundo, que hablen de uno, y no ajustar nunca cuentas.

FEL. ¡Sobre todo cuando el dinero es de los demás!

VIZ. No hay otro camino. Si siquiera tuviéramos una guerra, sería un ahorro para mí; porque entonces ó me matarían pronto ó yo daría que decir, y de este modo me saldría más barato.

ISAB. ¡Cómo! ¿Exponer tu vida? ¿Estás loco? El último vástago de la familia... de ningún modo; y ahora que viene á cuento debieras acordarte de quién eres muchas veces, y tener más moderación... ¿qué lance era aquel de que se hablaba tanto ayer?

VIZ. ¿Qué, sabe usted...? ¿Y eso ha podido incomodarla á usted?

ISAB. Y mucho.

VIZ. Sin embargo, bien sabe usted mi destreza, y lo que es en ese lance tenía yo razón. Yo había visto en el teatro... ya sabe usted donde me pongo siempre, tía; desde allí apesto mi anteojo; pues bien, había visto

á una bailarina... un cuerpo, unos ojos, una alma, Señor, una alma, y sobre todo un piececillo... ya puede usted figurarse, tía, quién.

ISAB. ¡Fernando!

VIZ. No tenga usted cuidado. Pues, señor, es la sal del mundo: quisieron hacerme creer que tenía un rival.

FEL. ¡Cómo es posible!

VIZ. Yo pensaba como Felipe, no quise creerlo; pero en estos tiempos suceden tantas cosas increíbles... Pues, señor, vuelo á casa de mi bella, que estaba en su tocador; voy á levantar el pestillo... buenas noches estaba echada la llave, y oigo una vocecilla de *primo basso* que me responde: «¿Quién va?»

ISAB. ¡Ay, Dios mío!

VIZ. No quedaba duda; otro hubiera alborotado, hubiera dado una campanada: yo por el contrario no pudiendo remitir mi cartel á mi hombre, escribo en la puerta con el lapicero de mi cartera: «El amante de mi querida es un necio, y le aguardo en el Prado: fulano de tal.»

ISAB. ¿Y fué?

VIZ. ¿Cómo si fué? Fueron tres: según parece todos habían ido leyendo uno tras otro mi epístola, que por lo visto ha venido á ser una circular.

ISAB. (*Levantándose.*) ¿Y os habéis batido?

VIZ. Inmediatamente, y con mis tres paladines: herí al uno, desarmé al otro, y almorcé con el tercero, un joven excelente, que no me quiso dejar; porque en los desafíos, es delicioso, se hace uno amigos á todo trance: éste me llevó después á una casa, donde hemos pasado una noche divina, una casa de... en fin, una casa... y allí por más señas encontré á su amigo de usted, Federico.

FEL. ¿Federico?

ISAB. ¡Qué dices, Fernando!

FEL. El señor vizconde se equivoca; eso no puede ser.

VIZ. ¡Me equivoco, y le he hablado yo mismo! Por cierto que extrañé mucho verlo en aquel sitio, y cuando yo salí á las seis de la mañana aun quedaba allí.

FEL. (¡Que no te se secara la lengua!)

ISAB. (*Mirando á Felipe.*) Había salido temprano esta mañana para trabajar... ¡Bien está! Y esa casa es...

VIZ. ¿Qué se yo?

FEL. Pues el señor vizconde estaba...

VIZ. Sí, yo... pero amigo mío, yo... es muy diferente; pero un pobre diablo como él, que no tiene un cuarto... esto pudiera ser muy alarmante; eso es todo lo que puedo decir, no quisiera tampoco ofenderle.

FEL. ¡Ah, no, no! hable usted por Dios, no nos haga usted sospechar más de lo que tal vez habrá: aunque hubiera ido á esa casa por divertirse, por alguna muchacha, como la del señor vizconde... (*Sorpresa del vizconde.*) ¿qué sé yo? y ¿por qué no? á su edad...

ISAB. Felipe, el señor vizconde no te ha dirigido la palabra.

VIZ. Sí; pero el señor don Felipe la toma por sí y ante sí: es elocuente, eso siempre compone parte del lujo de un mayordomo; también le costará á usted más caro.

FEL. ¡Por vida de...!

ISAB. Felipe, calla; ¿olvidas...? Fernando, vamos, y sobre todo delante de Matilde nada de aventuras, ni relaciones, ni... cuando estamos á punto de manifestarla nuestros proyectos, no convendría que tus locuras...

VIZ. ¡Bah! ¿Eso qué importa? Mientras que sea soltero... ahora, en casándome...

ISAB. ¿Serás más prudente?

VIZ. ¡Oh, entonces sí!

ISAB. (*A Felipe, al salir.*) Estoy descontenta.— Fernando, dame el brazo. (*Saliendo.*) Muy descontenta.

ESCENA V

FELIPE

Muy descontenta; pues, á eso no hay que responder; hablador, bachiller, con sus relaciones y su aire de desprecio... ¡despreciar á Federico! Comete faltas, es verdad, pero eso nada le importa á él, ¡sino á la señora y á mí! (*Tomando en peso la bolsa.*) ¡Pobre muchacho! Su trimestre... no pesa gran cosa; y por esta vez no hay que esperar suplemento: esta es la ocasión de socorrerle sin que él lo sepa. (*Mira al rededor y busca en su faltriquera.*) Precisamente aquí traigo algunos ahorros que iba á imponer... no soy un ricachón, pero al fin con un poco de arreglo nunca faltan algunos cartuchos para servir á los amigos (*Coge un rollo de monedas.*): se encontrará con su paga algún tanto aumentada, pero creerá que es la señora. (*Mete algunas monedas de oro en la bolsa.*) ¿Dónde diablos puede haber pasado

la noche? No venir á dormir, ponernos en cuidado... ¡oh! esto es muy mal hecho; no veo de cólera. (*Vaciando todo el paquete.*) ¡Eh! echémoslo todo, y se acaba más pronto. (*Va hacia la izquierda.*)

ESCENA VI

FEDERICO, LORENZO, FELIPE

FED. (*En el fondo, á Lorenzo.*) Anda, que no te vea nadie; entra en el cuarto de Matilde, pon esta carta sobre su almohadilla, ó en su cartera de dibujo: toma, es el último dinero que me queda. (*Lorenzo entra.*)

FEL. El es.

FED. (*Dejando su sombrero y su bastón sobre la mesa de la derecha.*) Sí; lo sabrá todo; pero cuando yo esté lejos. (*Atraviésala el teatro, y se arroja sobre un sillón junto al reloj. Felipe, que está en el fondo á la derecha observándole, se acerca.*)

FEL. ¡Cómo viene! Abatido, estropeado, parece que acaba de andar cien leguas á marchas forzadas: ¡pobre Federico!

FED. Puede ser que me tenga lástima. ¡Ah! Felipe.

FEL. (*Mudando de tono.*) ¡Gracias á Dios! ¡Voto va! ¿No le da á usted vergüenza?

FED. Felipe, por Dios, te suplico que dejes esas reconvenções: no estoy para oirlas.

FEL. Y las tiene usted que oír sin embargo. ¿Qué significa esto? ¿Qué vida es esta? Poner á toda la casa en cuidado, y sobre todo á mí y á la señora.

FED. (*Levantándose.*) ¿La señora dices? ¿Pues qué, Felipe, sabe?..

FEL. Todo lo sabe: por más que he mentado para disculpar á usted, que no hubiera hecho otro tanto por mí, no ha querido oírme, está furiosa con usted.

FED. No me faltaba más que esto: todo lo hubiera arrostrado: yo había tomado ya mi resolución, pero su cólera... ¡ah! no, jamás; yo, que daría mi vida por ahorrarle un disgusto...

FEL. Bien está: ¿pero qué, no teme usted también desazonarme á mí, que soy su apoyo, que ausente ó presente estoy siempre á la mira para velar sobre usted, para defenderle? ¿Para mí no hay agradecimiento?

FED. Sí, Felipe, sí; te pido mil perdones; soy un loco, un ingrato, ó más bien soy un desgraciado, eso es lo que soy, nada más.

FEL. ¡Desgraciado! (*Con frialdad.*) Ya lo en-

tiendo: ¿usted ha hecho algún disparate, eh?

FED. Sí, uno, uno solo primero, que me ha hecho cometer después otros veinte.

FEL. Demasiado es para empezar; pero vamos por orden.

FED. Estoy enamorado, pero...

FEL. ¡Enamorado!

FED. Es de una persona tan superior á mí...

FEL. ¡Bah! Siendo joven, estando bien, no hay distancia que valga: ¿y esa persona?...

FED. ¡Ah, si tú supieras!... pero no, no; quisiera podérmelo callar á mí mismo, Felipe: ¿qué cruel es sentirse capaz de distinguirse, y encontrar un obstáculo invencible! ¿Qué puede hacer un hombre que no sabe quién es? Felipe, ¿cuál es mi familia? ¿cuál es mi apellido? ¿de quién soy hijo?



FEL. De sus obras de usted, y eso basta y sobra. Un hombre de bien, un hombre de mérito no necesita para nada un apellido ilustre.

FED. Por más que digas, es una humillación insoportable: todos los jóvenes que concurren aquí afectan mirarme con desprecio... yo no puedo permanecer más tiempo; esta casa se me ha hecho odiosa; he llegado á desanimarme; no sé en qué extravagancias he dado; se ha apoderado de mí una ambición frenética de hacer suerte, de tener bienes; me ha parecido que esta sería una compensación, una especie de mérito; hay tantos que no tienen otro... en fin, con esa necia esperanza he jugado.

FEL. ¿Ha jugado usted?

FED. Como un loco, como un desesperado.

FEL. ¿Usted, Federico? ¡Ah! es muy mal hecho: no es necesario preguntarle á usted si ha perdido.

FED. Más de lo que puedo pagar.

FEL. Debería reñirle á usted, pero eso será después; tal vez no perderá usted nada en demorarlo; acudamos á lo más urgente: aquí está el trimestre, no puede llegar más á tiempo. (*Le da la bolsa.*)

FED. ¡El trimestre! ¡Ah! no basta.

FEL. Mírelo usted bien; creo que ha de haber más que otras veces: la señora me lo ha entregado para usted, encargándome que le echase una peluca, que tiene bien mere-

- cidas. (He acertado en aumentar su pensión.)
- FED. Vaya, siempre lo recibirán á buena cuenta.
- FEL. ¡Cómo! ¿A buena cuenta?
- FED. Sí; he jugado, he apostado por mejor decir, toda la noche con ese maldito vizconde de Blanca Flor, á quien no puedo tolerar; sola su vista me ofende: me empeñé en llevarle siempre la contraria: me hubiera alegrado tanto de humillar su presunción... pero ha sido al revés; ha tenido una suerte tan sostenida, tan insolente como su facha; he perdido veinte mil reales.
- FEL. ¡Veinte mil reales, Dios mío!
- FED. Sí, veinte mil reales, que he pedido á mis vecinos, al dueño de la casa... y es preciso pagarlos hoy mismo: ya conoces que no me queda más recurso que el de levantarme la tapa de los sesos.
- FEL. ¿Qué dice usted? Tiemblo todo.
- FED. Cuando se debe, cuando es forzoso vivir deshonorado, avergonzado, no hay otro recurso.
- FEL. Sí, señor, le hay.
- FED. ¿Cuál, Felipe?
- FEL. Pagar.
- FED. ¿Pagar? ¿veinte mil reales? ¿estás en tí? ¿de qué modo?
- FEL. No sé, no hay ahorros que basten; pero es preciso pagar.
- FED. He buscado á todos los amigos.
- FEL. Amigos, ¡ah! cuando se trata de dinero nunca se les encuentra en casa. Sólo una persona puede sacarle á usted del paso.
- FED. ¿Quién, mi protectora?
- FEL. Es preciso confesárselo todo.
- FED. Jamás, amigo mío, jamás; la quiero mucho, pero la temo tanto...
- FEL. No importa. ¡Voto va! Vamos, resolución, valor; es preciso pasar ese mal trago: eso le servirá á usted de castigo. Aquí viene precisamente.

ESCENA VII

Dichos, Doña ISABEL. (Federico y Felipe se retiran hacia el fondo.)

- FED. ¿No me dejarás solo, Felipe?
- FEL. No tenga usted cuidado; yo me quedo aquí detrás, como cuerpo de reserva para auxiliarle en un caso. (*Doña Isabel entra distraída sin verlos.*)
- FED. No nos ha visto; está distraída, pero tiene una cara tan seria...

- FEL. No importa, yo conozco esa seriedad; adelante, sin miedo.
- FED. (*Da algunos pasos y retrocede.*) No, no me atrevo; es demasiado: primero sufriré mil muertes. (*Echa á correr hacia su cuarto, y cierra la puerta.*)
- FEL. Vamos. (*Mira alrededor y le ve huir.*) ¡Bravo! Escapa, y me deja solo en las astas del toro.
- ISAB. (*Viendo á Felipe.*) ¿Eres tú, Felipe? ¿Pareció ya Federico?
- FEL. Sí, señora.
- ISAB. (*Viendo que Felipe mira á todas partes.*) ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?
- FEL. Miro si viene alguien (*Se acerca*): no quisiera que me interrumpieran.
- ISAB. ¿Pues qué hay?
- FEL. Nada, un pequeño contratiempo, poca cosa. ¡Qué diantre! La juventud es un momento de fiebre que dura más ó menos, y cuando el acceso he pasado, lo cual desgraciadamente suele suceder demasiado pronto...
- ISAB. ¿Adónde vas á parar con esos preámbulos?
- FEL. En una palabra, señora (*Bajando la voz*), el chico ha jugado.
- ISAB. ¿Federico?
- FEL. Sí, señora, ha jugado, ha perdido, debe dinero. (Así, así, el mal trago pasarle pronto.)
- ISAB. ¿Qué dices? ¿En esa casa donde le vió mi sobrino?
- FEL. Era una casa de juego; pero el gran tono, sociedad de alto coturno; es decir, que el chico ha perdido mucho, y ahora, señora, es preciso pagar.
- ISAB. ¿Pagar? ¿Tú has creído que yo consentiría en?... ¿Yo contribuir á semejante desarraygo, pagando una deuda de juego? ¿Darle alas?...
- FEL. Sí, señora, veinte mil reales.
- ISAB. ¿Y qué me importa la cantidad? ¿Cuándo me has visto reparar en el tanto menos cuanto para hacer bien? Me parece que acostumbro hacerlo con nobleza; pero después de una conducta como esa... No, Felipe, no; estoy decidida, no lo pagaré.
- FEL. (*Animado.*) ¿No lo pagará usted?
- ISAB. No, señor, no: ¿qué diría mi familia, qué diría todo el mundo si los bienes de los Hurtados de Mendoza no sirviesen más que para enmendar las faltas de un atolondrado?

FEL. ¿Su familia de usted? ¿El mundo? Le tiene usted demasiado miedo, señora; le ha sacrificado usted ya tantas cosas...

ISAB. ¡Felipe!

FEL. No tenga usted cuidado, mis labios no se despegarán; sé lo que he prometido, y lo sabré cumplir; nunca lo olvidaré; pero es preciso que cada uno cumpla con su obligación; acuérdesse usted de que ese pobre muchacho no tiene nadie á quien volverse más que usted; y si usted le abandona, si permite que viva deshonorado, ¡ah! nadie sabe de lo que es capaz; tiene pundonor, no es cobarde... atentará contra su vida.

ISAB. ¡Dios mío!

FEL. Sí, está determinado. ¿Qué quiere usted? ¿Qué apego puede tener á la vida? Como me decía él mismo no hace mucho: «Yo estoy solo en el mundo, sin parientes, sin esperanzas... todo lo que tengo lo debo á la compasión.»

ISAB. ¿Eso decía?

FEL. Sí, señora, y otras cosas decía también que me hacían saltar las lágrimas. ¡Pobre Federico! Yo le contemplaba, y decía para mí... (*Doña Isabel hace un movimiento para taparle la boca.*) Bien, señora, bien, nada; pero tenía el corazón en un puño... ¡Ah! usted no siente nada de eso... Usted es feliz, y vive tranquila.

ISAB. ¡Feliz yo! No, Felipe, no lo soy.

FEL. ¡Bah! Señora... en esos salones rodeada de personas que la respetan á usted, y de una familia que dirige á su placer...

ISAB. ¿Y crees que en el fondo de mi corazón no siento algo más que eso? Pero yo debo dar un buen ejemplo á todos los que dependen de mí.

FEL. ¿Cómo? ¿Insiste usted?...

ISAB. No, no: yo lo pagaré todo, si te lo prometo; pero chitón; ni Federico ha de saberlo.

FEL. ¿Y por qué no? ¿Teme usted por ventura que llegue á cobrarle á usted demasiado cariño?

ISAB. No, Felipe; pero mi sobrino pudiera extrañarlo, y llevarlo á mal: ya sabes que es mi heredero.

FEL. Tanto más motivo para indemnizar á ese pobre Federico mientras que usted viva; además de que no volverá á reincidir en semejante falta. Habrá de contentarse con su pensión, que, aunque no es exorbitante...

ISAB. ¿De veras? ¿Te parece escasa? Porque en ese caso se le pudiera aumentar.

FEL. Sí, sin duda; con otro tanto... Además, todos sus amigos tienen caballos, trenes... (*Sorpresa de doña Isabel.*) No, yo no soy exigente, pero me parece que no haría usted nada de más en regalarle un bonito caballo con un criado para servirle y acompañarle.

ISAB. ¿Y no eres exigente, Felipe?

FEL. ¡Qué diantre! Mire usted, señora...

ISAB. Bien, vaya, bien; cómprale ese caballo, lo que necesite; pero sin derrochar, sin...

FEL. Basta; compraré lo mejor, lo más caro, y cuando usted le vea encima, veremos si le pesa. ¡Oh! el bribonzuelo, ¡si viera usted qué bien monta! Usted, como no le hace caso... pero sin ir más lejos, el otro día en el Prado había unas ciertas señoritas, pero señoritas del gran tono, que se paraban para verle pasar, y á cada vuelta repetían: «¡Qué aire tan bonito! ¡elegante figura! ¡qué buen jinete!»

ISAB. ¿De veras?

FEL. Sí, señora, como usted lo oye; y yo tenía tanto gusto en oírlas, que toda la tarde me fuí insensiblemente tras ellas.

ISAB. Eso es verdad; tiene una fisonomía muy...

FEL. Muy expresiva, sí, señora, muy agradable; y si le animasen un poco... si usted de cuando en cuando le dirigiese la palabra con cariño, con predilección... porque la verdad... está usted siempre tan seria con él...

ISAB. ¡Yo!

FEL. Delante de usted está cortado, tiene miedo.

ISAB. ¿Miedo, Federico? ¿A mí?

FEL. Sí; por ejemplo, ahora debía usted perdonarle esta falta, usted misma hablarle, y... ya veo que usted misma lo desea tanto como yo.

ISAB. ¿Pero estás seguro de que no vendrá nadie?

FEL. Nadie, nadie vendrá. Voy á llamarle.

ESCENA VIII

DOÑA ISABEL, FELIPE, FEDERICO

FEL. Salga usted: ya salimos del paso; esto va perfectamente.

FED. Es imposible...

FEL. Vamos, hablela usted, pero con gracia, con despejo.